

Dios, la creación y el pacto

«**E**n el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1: 1). Con estas majestuosas palabras se nos presenta a los seres humanos a Dios como el Creador, el mismo Dios que luego también llegamos a conocer como el Redentor.¹

Esta oración incluye cuatro ideas básicas. Primero, nos presenta a Dios. El gran pensador Immanuel Kant escribió que toda filosofía tiene tres grandes problemas, el mayor de los cuales es la existencia de Dios. El primer versículo de la Biblia revela la existencia de Dios. En segundo lugar, el verbo «creó» (*bara*) nos indica la actividad de Dios: Dios crea. Esto significa que el Dios que creó se revela a través de la actividad creadora. La palabra *creó* nos muestra cómo Dios, como Creador, hizo el mundo: lo hizo a través de su actividad creadora. En tercer lugar, la frase «los cielos y la tierra» se usa en la misma secuencia o en orden inverso 41 veces en el Antiguo Testamento, lo que indica que esta frase se refiere a nuestra tierra y las atmósferas celestiales que la rodean. La frase nos indica qué fue lo que Dios creó. Finalmente, tenemos las

1. Sobre el carácter único del relato bíblico de la creación, véase Gerhard F. Hasel y Michael G. Hasel, «The Unique Cosmology of Genesis 1 against Ancient Near Eastern and Egypt Parallels», en *The Genesis Creation Account and Its Reverberations in the Old Testament*, ed. Gerald A. Klingbeil (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2015), pp. 9-29; y sobre la teología, véanse más artículos en la misma obra.

palabras iniciales: «En el principio». Esta frase nos indica cuándo fue que Dios creó «los cielos y la tierra».

Esta primera oración va mucho más allá del principal problema de la filosofía, ya que responde cuatro preguntas básicas: Quién, cómo, qué y cuándo. Génesis 1: 1 aborda las interrogantes fundamentales de la existencia humana en la información que proporciona sobre Dios, nuestro planeta y las atmósferas circundantes, la forma en que nació nuestro planeta y el momento en que nació.²

La Biblia no prueba que Dios es el Creador: ella revela que él es el Creador. Sin esta revelación, jamás habríamos sabido que este mundo fue creado por Dios. Sin esta revelación, jamás habríamos conocido el propósito de nuestra vida en la tierra.

La Biblia revela claramente que Dios el Padre fue el originador de la creación (1 Corintios 8: 6; Efesios 3: 9; Hebreos 1: 2), y también que Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad, fue el Intermediario en la creación (Juan 1: 3; Efesios 3: 9; Hebreos 1: 2). La Biblia dice claramente que Dios no creó el mundo por la necesidad de satisfacerse a sí mismo (Isaías 40: 12–31), ya que él fue exactamente el mismo después de la Creación que antes de ella (Salmo 90: 2). Dios el Creador es autónomo y autosuficiente y no forma parte de su creación. Él se erige como el Dios que trasciende su creación.

Todo lo que Dios creó se describe en Génesis 1 y 2 como muy «bueno». «Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera» (Génesis 1: 31). La creación y la bondad de Dios van juntas desde el principio.

A lo largo de la Biblia, se presenta al Creador como un Dios trino. El Creador es el Dios y Señor eterno. A través de Jesucristo todas las cosas en el cielo y la tierra (Efesios 3: 9) fueron creadas (Colosenses 1: 16). A través del Verbo (Jesús) fue hecho el mundo; «Sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho» (Juan 1: 3). «El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas» (Génesis 1: 2).

2. Sobre los aspectos técnicos de este versículo, véase Gerhard F. Hasel, «Recent Translations of Genesis 1:1: A Critical Look», *The Bible Translator* 22 (1971): pp. 154–167.

El lugar del ser humano en la creación

En la historia bíblica de la creación, se presenta al «hombre» (*'adam*, un sustantivo genérico para identificar a seres humanos o a personas) como el punto culminante de la creación. En el capítulo 1 se hace más hincapié en la creación del hombre que en cualquier otro aspecto de la creación. El segundo capítulo del Génesis es una ampliación elaborada de este punto culminante.³

De hecho, la creación del hombre es el resultado de la deliberación divina dentro de la Trinidad. Esto se expresa por primera vez en la forma plural que adquiere la *deliberación* que se lleva a cabo en Génesis 1: 26: «Hagamos al hombre». Ningún otro acto creativo está precedido por esta clase de deliberación de «Dios con Dios». El lugar elevado del hombre en la creación se establece entonces desde el principio.⁴

Los seres humanos son las únicas criaturas terrestres que Dios creó a su propia imagen y semejanza. La frase «a imagen de Dios» expresa de manera vívida que la semejanza externa del hombre, su carácter y sus capacidades mentales, espirituales y morales, reflejan la imagen divina. Todo esto revela la inmensa dignidad, el valor, la autoridad y la responsabilidad con que los seres humanos fueron dotados en la creación.

Cuando Dios dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen», «conforme a nuestra semejanza», revela, por un lado, la cercanía entre Dios y el hombre y, por otro lado, la distancia básica entre Dios y el hombre (Génesis 1: 27–26). El hombre no fue creado para que fuera otro dios o el dios de la tierra. Dios es el creador y el hombre es la criatura, pero no una criatura al nivel de un animal, ni siquiera pensándolo como un animal superior. El hombre es una criatura a imagen y semejanza de Dios. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, está completamente apartado, no solo de los animales, sino también de la Deidad.

3. Frank M. Hasel y Michael G. Hasel, *Cómo interpretar las Escrituras* (Doral, FL: IADPA, 2019), pp. 84.

4. Gerhard F. Hasel, «The Meaning of "Let Us" in Gn 1: 26», *Andrews University Seminary Studies* 13 (1975): pp. 58–66.

Pero ser creado a imagen y semejanza de Dios no era un privilegio exclusivo de Adán. Tanto el hombre como la mujer fueron creados a imagen y semejanza de Dios. En la creación no existía distinción de rango o importancia entre el hombre y la mujer: eran iguales. Tanto el hombre como la mujer encuentran su pleno significado, no en una relación de «superior e inferior», sino en su relación mutua y en su comunión vital común con Dios.

El hombre es, de hecho, un ser de una nueva categoría. Por haber creado al hombre y la mujer a su imagen y semejanza, existía una comunión más profunda y una relación más significativa entre Dios y los seres humanos. Esa relación Dios–hombre fue el regalo fantástico de Dios para la humanidad. Dios hizo a las personas para que esta relación existiera y pudiera desarrollarse a lo largo de los siglos. Los seres humanos son la corona de la creación porque fueron creados especialmente para poder disfrutar del compañerismo y la comunión con su Creador.

El iniciador de la comunión con el hombre

En los dos primeros capítulos de la Biblia, los cuales describen todo lo que ocurrió antes de que el pecado entrara en el mundo, encontramos evidencia explícita de que Dios el Creador estableció la comunión con el hombre y la mujer. En Génesis 1: 28, leemos: «Dios los bendijo» (NTV). Antes de que Dios se comunicara con Adán y Eva, «los bendijo». La bendición divina es un regalo de Dios, no solo gratuito sino inmerecido, que significa bienestar y prosperidad, una vida integra enraizada en Dios y que se experimenta en la vida cotidiana.

Esta comunión profunda, directa y sin obstáculo entre Dios y el hombre jamás podría ser completa y absoluta si el hombre no tuviera la libre elección de vivir en ella.

Si bien el llamado supremo de Adán y Eva era servir a Dios, fueron únicos en el sentido de que eran las únicas criaturas que podían responder a Dios en obediencia y desobediencia, en fe y confianza, así como en rebelión y desconfianza. A diferencia de la creación animal, que

obedece en base a impulsos instintivos y leyes, al hombre y la mujer se les dio la libertad de albedrío como parte de su herencia mental y espiritual. Al hombre y la mujer se les dio la posibilidad de separarse de Dios con la misma facilidad con la que podían mantener la comunión con él. Gracias a esta capacidad de elección que Dios les dio, Adán y Eva «podían obedecer y vivir, o desobedecer y perecer» (*Patriarcas y profetas*, cap. 3, p. 32).

La elección estaba marcada por un árbol especial, y solo uno, del cual la primera pareja no debía comer. «Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás» (Génesis 2: 17).

La prueba de la comunión

La prueba que Dios proporcionó a través del árbol del conocimiento del bien y del mal indicaba que la relación del hombre con Dios dependía de la libre elección. No habría ninguna prueba si los hombres y mujeres no hubieran tenido la libertad de decir sí o no a Dios.

La prueba demostraría que el hombre no era un superhombre y que solo podría lograr un buen desempeño si dependía de su Hacedor. La prueba también demostraría si el hombre desearía ser como Dios y estaría dispuesto a abandonar su dependencia y su estatus natural de ser creado a la imagen de Dios. La prueba revelaría que la relación del hombre con Dios puede ser eficaz y duradera solo si el hombre elige libremente vivir y depender de esa relación benéfica. Rechazar la relación significaría que el hombre intentaría vivir independientemente de Dios, pensando que no tenía necesidad de él. Pero romper la relación era también conocer el mal, experimentar la alienación y la soledad y todo el dolor de una vida separada de Dios.

La narrativa de la creación de Génesis 1: 1 al 2: 4 y la historia complementaria de la creación de Adán y Eva en su ambiente perfecto que podemos leer en Génesis 2: 4-25 no contienen ningún indicio de

que sugiera de alguna manera una amenaza para la creación perfecta de Dios. Todo en estas dos narrativas tiene estampado el sello de la perfección. Hasta que el hombre y la mujer desobedecieron a Dios, el futuro era de comunión continua y sin obstáculos con él.

Nuestros primeros padres fallaron en la prueba del amor, la fe y la obediencia. «Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos» (Génesis 3: 6–7). El árbol que Dios puso en el Huerto no era inherentemente malo. No contenía un virus o bacterias mortales en alguna fruta en particular. El mal estaba en escuchar a la persona equivocada. Eva escuchó a la serpiente, a quien Satanás estaba usando como su médium (2 Corintios 11: 3, 14), y Adán escuchó a su esposa. ¡Ninguno escuchó a Dios! Así, el pecado interrumpió la relación entre Dios y el hombre, que da la vida. El pecado detuvo la comunión abierta.

Dios, en su actividad creadora y sus acciones posteriores, produjo una relación amorosa marcada por la gracia. Pero el hombre, en medio de su sordera y desobediencia, la destruyó. El desprecio del hombre por el mandato divino de «no comerás» (Génesis 2: 17) nos enseña que el pecado es el acto de transgredir la voluntad de Dios. Este acto rebelde manifiesta el deseo del hombre de ser su propio «señor», de querer decidir él mismo qué es el bien y el mal. El pecado de Adán y Eva reveló su desconfianza en el plan de Dios para su bienestar.

El cambio de relaciones que causó el pecado

El pecado del hombre manchó todos los aspectos de la vida en la tierra (Romanos 8: 21–22). Génesis 3 explica en los versículos 7, 10 y 11–13 que se produjeron varios cambios importantes a causa del pecado. Primero, la relación entre el hombre y la mujer se deterioró, evidenciándose en su premura de coserse hojas de higuera. En segundo lugar, la relación entre el hombre y el mundo creado se interrumpió y quedó

marcada por el miedo, la alienación y la muerte (Romanos 8: 19–23; 2 Pedro 3: 13). En tercer lugar, la relación entre Dios y el hombre se interrumpió gravemente. El hombre fue creado para relacionarse y tener comunión con Dios. Después del pecado, Adán y Eva huyeron del rostro de Dios y se escondieron (Génesis 3: 8-10). De esta forma, la sana comunión se convirtió en una amarga alienación y dolorosa separación.

La enseñanza bíblica sobre la caída del hombre es contraria a muchas creencias populares. La concepción moderna del hombre como producto de un desarrollo lento, evolutivo y ascendente no está respaldada por la enseñanza bíblica de la caída del hombre a consecuencia del pecado. El cuadro bíblico de la Caída contradice entonces el esquema evolutivo del hombre que se eleva lentamente y a tientas desde el miedo primitivo y la ignorancia hasta las orgullosas alturas de la sensibilidad y la perspicacia religiosa. La Biblia no describe a un hombre que se levanta, sino a un ser caído, un ser creado con una necesidad urgente y continua de un Dios salvador.

El restablecimiento de la relación entre Dios y el hombre

La inmensa tragedia que produjo la decisión del hombre de ceder al maligno; una decisión que causó que la «imagen de Dios» casi se borrara, no hizo que el Creador se alejara de Adán y Eva en medio de su urgente necesidad. ¿Cómo podría un padre o una madre que al ver el rostro de su hijo ve reflejada en sus ojos una imagen de sí mismo, descuidar a ese bebé durante su momento de mayor necesidad e impotencia? En ese momento, el mismo Cristo que se inclinó para infundir vida a los pulmones de Adán, entró en acción para salvar a la criatura que ahora se había volteado y se estaba escondiendo de él.

Dios nuevamente tomó la iniciativa. La maravillosa historia del amor de Dios revelada en su Palabra es que él es siempre el Iniciador, el que busca activamente la atención y la redención del hombre. Mientras

Adán y Eva se escondían de Dios con temor, culpa y vergüenza, con las marcas de pecado ya dentro y alrededor de ellos, Dios se acercó con el llamado amoroso: «¿Dónde estás?» (Génesis 3: 9). Nadie en este mundo puede escapar de esta pregunta.

La pregunta: «¿Dónde estás?» dista mucho de ser una maldición, condena o juicio. Más bien, Dios llama al pecador en busca de una relación redentora. Aquí el Creador es también el Redentor. Aunque la creación precedió a la redención, ambas estaban juntas en el corazón de Dios desde el principio.

Solo la serpiente y la tierra están malditos (versículos 14, 17, 19). La pregunta: «¿Dónde estás?» tenía el propósito de atraer al hombre culpable de regreso a los brazos de Dios. Derek Kidner dijo: «Las primeras palabras de Dios al hombre caído tienen todas las marcas de su gracia. Se trata de una pregunta, ya que para ayudarlo [al hombre] debe atraerlo en lugar de sacarlo de su escondite».⁵

El acercamiento inicial de parte de Dios hacia Adán y Eva no terminó en el Edén. Hasta el sol de hoy el Señor continúa alcanzando a sus criaturas. La historia de la redención es un tema recurrente de dos facetas: el pecado rompe la relación benéfica entre Dios y el hombre (la comunión más cercana posible que pueda concebir la mente humana), e inmediatamente, el Iniciador divino de esa relación comienza el proceso para romper la barrera causada por el pecado y Satanás para restablecer la comunión perdida con el hombre caído. En el momento de mayor dolor y culpa, vergüenza y frustración, alienación y separación, el amor de Dios atraviesa el abismo de la separación causada por el pecado, tanto el de Adán como el nuestro, para traernos de regreso a sus brazos amorosos. El apóstol Pedro afirma acertadamente: «El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 Pedro 3: 9).

5. Derek Kidner, *Génesis: Introducción y comentario* (Chicago: InterVarsity Press, 1967), p. 65.

Provisión para la salvación

La sorprendente palabra de esperanza profética de parte de Dios En Génesis 3: 15 nos habla de una hostilidad que Dios mismo dispuso: «Pondré enemistad» entre la serpiente (Satanás) y la mujer, entre su simiente y la simiente de ella. Esta enemistad culmina con la aparición victoriosa del descendiente representativo de la simiente de la mujer, Aquel que da el golpe letal a la cabeza de Satanás. De esta manera, la primera promesa en la Biblia nos habla de Uno que quebrantará de manera definitiva el poder del tentador.

Esta promesa mesiánica les dio a Adán y a Eva esperanza en su desesperación. Esta esperanza transformó su existencia, porque era una esperanza que Dios mismo les estaba dando y garantizando. La esperanza del Mesías y de la victoria final trasciende cualquier otra esperanza porque está cimentada en la promesa de una relación renovada con Dios; una relación de gracia, misericordia, perdón, salvación, y poder.

Así que, la primera parte de las Escrituras no solo nos cuenta la historia de la creación, sino también la historia de la redención; la historia del pacto entre Dios y el hombre. Dios puede ser Redentor solo porque es Creador.

La filosofía humana provocó una separación entre la doctrina de la creación y la revelación especial de Dios, haciendo del estudio de la creación un asunto de teología natural. La Biblia describe claramente a la creación como el comienzo de la historia, y tanto la creación como la historia están íntimamente relacionadas y vinculadas entre sí.⁶ La creación es el fundamento del pacto y de la relación producto de ese pacto entre Dios y el hombre. Por tanto, no es correcto decir que el pacto es el principio racional o el fundamento de la creación. La imagen bíblica de la creación es anterior al pacto, y el pacto encuentra su significado y su culminación en relación con la creación, no al revés.

6. Por las implicaciones teológicas, véase Michael G. Hasel, «In the Beginning», *Adventist Review*, 25 de octubre de 2001, pp. 24–27; idem., «Biblical Implications for Accepting a Nonliteral View of Creation», en *The Genesis Creation Account and Its Reverberations in the New Testament*, ed. Thomas Shepherd (Berrien Springs, MI: Andrews University Press, 2020).